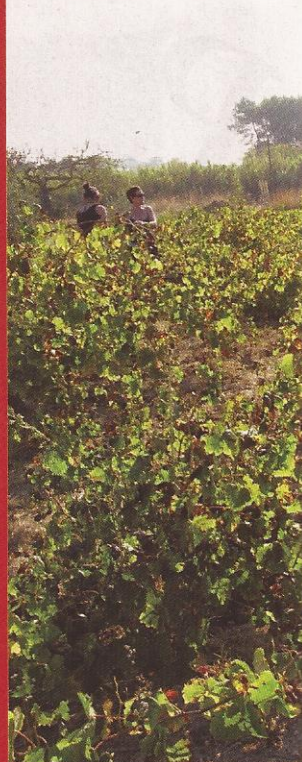




Los recolectores recorren los viñedos con cubos y tijeras.



Texto: **FEDERICO PAZ**

Fotos: **NATALIA MONTAÑÉS**

Cuando el dios Dionisios llevó consigo el vino a la antigua Grecia, fue rechazado y combatido por casi todos los reyes locales. Al parecer, la aristocracia que gobernaba las diferentes ciudades e islas del Mediterráneo no aceptaba a este nuevo dios que se metía tan fácilmente adentro de aquellos que bebían su brebaje fermentado. Sin embargo, el dios siempre se terminaba imponiendo, y con él la cultura popular de la vid y el vino. Hoy mismo, aunque muchos no lo sepan, el viejo dios todavía se anda paseando desnudo por los bosques europeos, rodeado de un séquito de sátiros, ninfas y ménades. Dionisios –llamado Baco por lo romanos– no es realmente un dios del vino, sino el mismo dios hecho vino, igual que el dios celta Belenus es la planta del beleño hecha divinidad, y el Soma iranio es el dios del mismo nombre transformado en bebida. De hecho, en “La Odisea” se cuenta que Ulises da de beber el “baquio” al ciclope Polifemo. Es el mismo dios el que se mete en el cuerpo de quienes lo beben, pero al mismo tiempo es un dios bastante chungo con quienes no lo reconocen como tal. La ebriedad descontrolada, la locura y los controles de alcoholemia son algunas de las venganzas que suele inflingirles.

La vid en la Europa clásica

Las plantas de poder son pasillos con innumerables puertas que conducen a los destinos más diversos. La adicción y el deterioro del cuerpo físico son algunas de las puertas a las que lleva la vid fermentada, pero tam-

Plantas de poder europeas

La vid

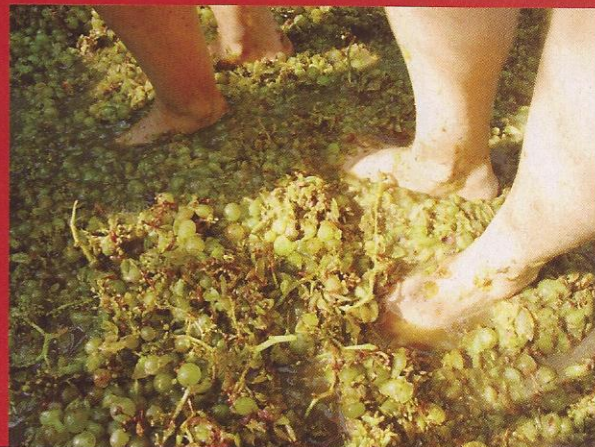
La vid es seguramente la planta de poder cuyo uso está más extendido en Europa desde hace por lo menos tres mil años, como lo atestiguan las tablillas micénicas. Hoy es un buen ejemplo de aquello en lo que se puede convertir un vegetal cuya producción y consumo son legales. Para algunos, en una industria o un vicio. Para otros, en un arte o un placer. También nos muestra lo que la planta no es: ni agricultores criminalizados ni sustancias adulteradas ni criaderos de mafias.



antigua bodega familiar del Penedés.



Ménades y ninfas pisan las uvas.



bién nos conduce a la alteración de la conciencia, que nos permite ver la propia vida en perspectiva y crecer interiormente.

La celebración de los misterios de la vid fue de acceso popular desde siempre, y allí los participantes comprendían que todos ellos eran dioses, iguales entre sí. Por eso el poder, en cuanto pudo, restringió su uso y lo reguló.

La lista de fiestas en torno al vino era interminable, e incluía a los Misterios Dionisiacos (menadismo ritual que en algún momento se abrió a los hombres), las Dionisias Rurales (donde se llevaba en procesión un falo gigante), las Dionisias Urbanas (con grandes parrandas en las calles), las Leneas (un antecedente de nuestros carnavales con desfiles de carrozas y canciones burlescas), las Antesterias (tres días seguidos de marcha en primavera para celebrar la floración de la vid) y las Haloas (celebraciones fálicas de fecundidad que con el paso de los años se convirtieron en orgías con cortesanas).

La celebración de los misterios de la vid fue de acceso popular desde siempre, y allí los participantes comprendían que todos ellos eran dioses, iguales entre sí

Como la embriaguez de la uva surgió sobre todo en lo que hoy es Italia, España y norte de África, enseguida los romanos se les echaron encima a estos pueblos, y los Misterios de Dionisios se "oficializaron" en el siglo V antes de Cristo, dejando de ser las mismas fiestas populares de antaño. Ya en la Roma clásica las clases acomodadas bebían en sus reuniones el "vino resinato", mezcla de vino con mirra y decocción de cáñamo, pero el licor de la uva estaba prohibido para las mujeres y los menores de treinta, mientras que entre íberos, tracios y germanos siempre había sido una bebida apta para todo público.

La nueva religión

Antonio Escohotado narra las persecuciones y los castigos de los que fueron víctimas los participantes de unas fiestas bacanales en el siglo II antes de Cristo. Se trata de un caso donde hay más de siete mil implicados y muchos condenados a muerte, incluidos los dos refundadores del culto dionisiaco: Marco y Cayo Atinio. Es el inicio de los macro-sumarios que luego popularizarían la Inquisición y otros tribunales de excepción.

Tan fuerte era la cultura popular europea en torno al cultivo de la vid, la fiesta de la vendimia y la apertura de botellas con sus correspondientes degustaciones, que la nueva religión, viendo que no podía erradicarla, de-

cidió que el vino sería la sangre del hijo de su propio dios, y que no debería faltar en la bodega de ninguna iglesia ni en ningún sacramento de la eucaristía.

La principal diferencia entre aquellas fiestas y éstas, sin embargo, es que en la celebración de algunos de los misterios báquicos se bebía vino a granel, se bailaba toda la noche en el bosque, nunca faltaba una buena orgía en la que apuntarse y se entraba en trance en medio de una coreografía de antorchas y música frenética; mientras que en las misas actuales el consumo del zumo de la uva se vuelve simbólico y todas las acciones de la ceremonia están reglamentadas y perfectamente ordenadas. El vínculo entre la planta de poder y la religión aparece aquí reducido a su mínima ingestión y domesticado.

Luego, durante la Edad Media, los monasterios se hicieron con el monopolio de la comunicación con dios y de los toneles de vino. A quienes les gustaba beberlo, no le quedó pues más opción que tomar los hábitos, cuando antes bastaba con plantar unas viñas, vigilar las plagas y vendimiar un par de días del año.

Vendimia en el Penedés

Este año toca de nuevo hacer el vino. Es juntarnos todos temprano y salir a los viñedos con un gran cubo en la mano y unas tijeras



El vino es filtrado antes de llevarse a almacenar.



Prensa manual rodeada de hiedras, planta muy asociada a la vid.



Sátiro bebe vino respetando la etiqueta del Penedés.

en la otra. Cada uno agarra una fila y va cortando las uvas mientras charla con los que van cortando por otras filas de viñas. Poco a poco se van llenando los cubos y los vamos cargando hasta la piscina. Allí dentro, cubiertos por una red para que no caigan encima las hojas de los árboles, un grupo de ménades y ninfas pisan las uvas mientras cantan. La idea, además de pisarlas, es ir haciendo canaletas con los pies para que el líquido transparente verdoso circule rápido hacia los filtros entre las toneladas de pulpa de uva. Luego de filtrarlo, lo colamos bien y lo envasamos. El tiempo ya hará parte del resto del trabajo. A la hora del almuerzo, abrimos un par de buenas botellas del año anterior.

El séquito de Dionisios.

En esta vendimia hay muchas mujeres con pinta de ménades y de ninfas. Las ménades son abiertamente lujuriosas, y es evidente que están en un estado de trance extático. Las ninfas, por su parte, parecen criaturas del monte que se alimentan sólo de hierbas y frutos inmortales. Los sátiros también forman parte de este séquito de Dionisios. Tienen patas de caballo, están obsesionados sexualmente por las ménades, fabrican el vino y lo beben en cantidades astronómicas. Todos unos señoritos, digamos. Además, los sátiros y las ménades utilizan la hiedra en sus tocados en el pelo, sobre todo en invierno cuando los viñedos están secos. Se tatúan hojas de hiedra y las consumen, porque la hiedra también es una planta que altera los sentidos y que está muy asociada a la vid, igual que la amanita estaba asociada al muérdago entre los celtas. Estos seres tan singulares que conocieron a Dionisios en la isla de Naxos y que cada tanto se reúnen con él para pasarlo bien un rato, representan en realidad al ser humano instintivo y liberado que está más allá de todas las limitaciones que nos impone la cultura. Estos

diosos, sátiros, ninfas y ménades, en realidad, somos nosotros mismos antes de Cristo, dicho en forma cronológica y literal. Juan Ignacio González Merino cuenta que, según el gran mitólogo Karl Kerényi, “todavía en el año 691 después de Cristo, el segundo concilio de Constantinopla tuvo que prohibir que se gritara “¡Dioniso, Dioniso!” en la pisa de la uva y ordenar que se sustituyera por *Kurie Eleison*”, una oración típica de la misa cristiana que se repite como una letanía y que se podría traducir como “Señor, ten piedad de nosotros”.

La normalización de la embriaguez.

Las sociedades occidentales, hoy por hoy, lograron sortear la prohibición de la bebida, cosa que se quiso imponer sobre todo en Estados Unidos durante una Ley Seca que convirtió al país en un río revuelto para la ganancia de las mafias, los traficantes de aguardiente y los dueños de los alambiques clandestinos. Quienes habitualmente se tomaban dos copitas al día y no molestaban más que a algún vecino, tuvieron que convertirse en esos años locos en “enfermos” a merced del sistema médico o en gente que tenía que relacionarse con malhechores en oscuros

callejones para obtener a altos precios unas cuantas botellas de licor adulterado, que luego además debían beber a escondidas y ocultar de miradas indeseables. La Ley Seca terminó. Por una vez se impuso la cordura sobre el uso de una sustancia, y el sinsentido de la ilegalización se reservó para casi todas las otras plantas de poder. Paralelamente, la sabiduría sobre las cepas de la uva y el estacionamiento en la madera fueron convirtiendo a la viticultura en un arte mayor, con regiones enteras dedicadas a producir vinos con marca propia, lo que ahora se llama “denominación de origen”. Pero en Europa la mercantilización y los excesivos controles a la producción se volvieron ahora cada vez mayores, y muchas de las antiguas bodegas familiares se tuvieron que convertir en restaurantes o desaparecer, sin tesorería para poder ponerse al día con la automatización de la producción y las normativas comunitarias. Las viejas prensas manuales de hierro descansan desde hace años junto a los toneles abandonados, y alrededor suyo crece salvaje la hiedra, para beneplácito del dios Dioniso y su séquito de sátiros y ninfas.

El alcohol y las plantas de poder

Muchos europeos en la actualidad sólo se embriagan con alcohol porque acceder a los productos embriagantes provenientes de otros vegetales implica para ellos graves riesgos legales, ya que su comercialización está severamente penada, así como para la salud, ya que la adulteración es una constante cuando no hay el más mínimo control. En cambio, si la venta y el uso de otras sustancias vegetales estuviesen normalizados, como lo está el uso de la vid, seguro que muchos bebedores se pasarían a ellas, evitándose así, probablemente, unas cuantas cirrosis, algunos casos de violencia doméstica y muchas mañanas de resaca. 🍷

**La Ley Seca terminó.
Por una vez se impuso
la cordura sobre el uso
de una sustancia, y el
sinsentido de la ilegali-
zación se reservó para
casi todas las otras
plantas de poder**